

UN TESTIGO DE LA PERSONA: JOHN HENRY NEWMAN

Más que un filósofo de la persona, N. fue un testigo particularmente creíble de su realidad, su papel y su valor, y eso explica la atención que su obra merece a los filósofos. Aunque su obra sea, sobre todo, teológica. En el centenario de su muerte, su figura y pensamiento siguen siendo actuales.

Un témoin de la personne: John Henry Newman (1801-1890), Revue des Sciences Relieuses, 63 (1989) 227-241.

Newman no es, ante todo, un filósofo, ni mostró nunca interés por la especulación en sí misma. De sí mismo dijo: "La configuración de mi espíritu nunca me llevó hacia la metafísica: mi inteligencia es más bien lógica, ética, práctica". Algunos principios, líneas de fondo o acontecimientos significativos tienen en él papel y valor de impulso e inspiración que orientan su acción o su manera de ser. Su valor y su mensaje se refiere a la existencia, es decir, a la realidad e incluso a la eficacia. Es un observador atento del hombre, que ha aplicado con predilección su pensamiento a la historia y su significado, pero los grandes sistemas filosóficos no le interesan demasiado. Su obra fue escrita, según afirma él mismo, para responder a las circunstancias y a las necesidades del tiempo, y es ante todo una obra teológica.

"Yo mismo y mi Creador"

Para N. la persona es, ante todo, el ser que yo soy, el sujeto, el yo que toma conciencia de sí mismo en la evidencia de existir. Esta experiencia latente a nuestros estados habituales de conciencia, N. la ha hecho con una intensidad propia, no como la experiencia de mí sólo, sino de mí y de Dios, dejando en segundo plano los objetos del mundo material e incluso los otros seres humanos. En ello influyó decisivamente la lectura de autores calvinistas que acompañó su proceso de conversión interior. N. adopta por un momento su doctrina de la predestinación, a propósito de la cual escribe: "... me confirmó en la desconfianza que tenía hacia la realidad de los fenómenos materiales; y concentró todos mis pensamientos en los dos seres cuya evidencia era absoluta y luminosa: yo mismo y mi Creador. Desde el momento en que me consideré predestinado a la salvación, no me ocupaba de los demás (...). Sólo pensaba en la gracia que me había sido concedida" (*Apología pro vita sua*). Su experiencia religiosa privilegió este hecho primordial e inolvidable: la persona, el yo, se muestra como existente frente a ese otro existente -mi Creador-, entre los que se establecen unas relaciones únicas.

La presencia de las personas y de sus relaciones mutuas se benefician siempre de un estatuto existencial y "ontológico" prioritario en relación con los fenómenos del mundo físico. Estos no son negados, pero sólo encuentran su razón de ser en relación con los seres personales. El mundo visible es el reflejo y el signo de un mundo de espíritus y de personas. "¿Qué son los fenómenos del mundo exterior, sino un modo divino de transmitir al espíritu las realidades de la existencia, la individualidad y la influencia de un

ser sobre otros seres, lo mejor posible?" (*The Arians of the IV century*). Si no es así, este mundo visible es enigmático e indescifrable, deja al hombre en la incomodidad y el hambre de encontrar un sentido al espectáculo en el que está preso.

Soledad del yo

A pesar de este sentido tan vivo de las realidades espirituales, su fe cristiana le impedía cualquier forma de desprecio de la materia y del cuerpo, ya que también esta envoltura, aunque degradada, tiene prometida una gloria. También constataba la gran distancia existente entre el ideal entrevisto de la transparencia y de la comunión entre los hombres, por una parte, y la realidad de las relaciones humanas por otra; y cómo estos instrumentos de la comunicación que son el mundo material, nuestro cuerpo, el lenguaje, están orientados a este fin. También la experiencia de la consistencia del yo está acompañada de la soledad, de la misma manera que el espectáculo del mundo, si no está referido a su Autor, deja al espectador perplejo y refuerza la soledad del yo y el sentimiento de ser extraño. A pesar de todo, N. no desespera en ningún momento de encontrar el itinerario hacia Dios y hacia los demás. La existencia, si es progreso y marcha hacia adelante, comporta inquietud, pero una inquietud secretamente alimentada de esperanza: es la inquietud del tiempo de Adviento, la espera de un amigo. A pesar de las oscuridades o las faltas, existe un camino salvífico que es posible encontrar, aunque no sin esfuerzo ni renuncia.

No se trata de una percepción intuitiva de lo absoluto, por la vía metafísica o mística; ni de una deducción realizada por la sola inteligencia; ni se basa en las vías o pruebas cosmológicas de la existencia de Dios. N. considera sobre todo la situación moral del hombre en este mundo, el estado de su espíritu y de su corazón, la inquietud que da la conciencia de ser pecador. Ciertamente el Dios "sensible al corazón" es el mismo creador del Cielo y de la Tierra, pero revitaliza nuestras energías mediante su justicia y su santidad, de las que nos habla nuestro corazón en el secreto. En este conocimiento personal, nuestra condición de pecador sólo queda subrayada por contraste con la santidad divina, pero el reconocimiento de nuestro estado ante Dios es el camino para salir de la soledad y del aislamiento. En la religión natural, que prepara y precede a la religión revelada, domina el temor, porque constatamos que somos más desobedientes que obedientes a nuestra conciencia y que estamos oprimidos por el peso de nuestras faltas, mientras que las miserias y torpezas del mundo proclaman que nuestros pecados han puesto una separación entre nosotros y nuestro Dios.

Apertura del yo

El camino salvífico hacia Dios, accesible a todos, aunque no todos lo reconozcan, forma parte del yo: es la conciencia moral. N. da a esta convicción y a esta experiencia la forma de un argumento de la existencia de dios a través de la conciencia moral. "La conciencia es, para nuestro espíritu, el principio esencial y la sanción de la religión. La conciencia implica una relación entre el alma y algo exterior, que está muy por encima de ella; una relación con una perfección que ella no posee, con un tribunal sobre el que no tiene poder. Y puesto que, cuanto más se respeta y se obedece a este Mentor interior, más claros, elevados, variados se vuelven sus mandamientos; puesto que el estandarte de la perfección supera siempre a nuestra obediencia, en la medida en que la guía, el

espíritu del hombre va adquiriendo poco a poco una convicción moral de la naturaleza inaccesible, al mismo tiempo que de la suprema autoridad de lo que yo no conozco y que es el objeto de su contemplación" (*University Sermons*, Sermon 11, 7, p. 18).

Esta es la función más importante de la conciencia: asegurarnos que hay un bien y un mal que se nos imponen. Por la pena y el dolor moral, y por el sentimiento de satisfacción, nuestros actos nos aparecen como juzgados por una autoridad que no depende de nosotros y nos es superior. Pero los hombres no están siempre de acuerdo sobre lo que está bien y lo que está mal, y un mismo hombre puede juzgar mal lo que en otra ocasión había estimado bien. Esta es la segunda función de la conciencia: ser la guía de las costumbres, discernir lo que debe hacerse o evitarse en tal o cual caso. Esta guía puede equivocarse, pues la conciencia moral es perfectible y puede degradarse en un hombre o en todos, pero esto no quita su primer papel de dictar una ley imperativa, una obligación y hacernos entrever la existencia de un Juez supremo de nuestros actos.

La conciencia moral

Así, la conciencia tiene el doble papel de ser religiosa, en cuanto nos religa a una autoridad superior y exterior, y moral, en cuanto es la guía perfectible de nuestros actos. Podríamos objetar a N. que se apoya en una realidad tenue -la existencia del sentido moral-, y que la llamada de la conciencia a menudo está ahogada por solicitudes más ruidosas y más bajas. Pero N. responde que, incluso aunque esté deformada u ocultada hasta el punto de ser aniquilada, la conciencia moral no desaparece jamás: es un hecho psicológico tan real como la percepción o la memoria, forma parte de la conciencia de existir: "Así como la conciencia del pensamiento es un acto reflejo que implica la existencia, así también esta sensación de la conciencia (moral) es el reconocimiento de una obligación que implica la noción de un ser exterior que obliga. Digo esto, no a partir de ningún argumento abstracto sacado de la fuerza de los términos, (como por ejemplo una ley implica un legislador), sino a partir del carácter particular de este sentimiento al que yo doy el nombre de conciencia" (*The Argument from Conscience to the Existence of God*, p. 117).

¿Puede el hombre, sólo con su conciencia, llegar a descubrir la identidad de esta autoridad superior? Aunque en algún escrito parece negarlo, N. llega a afirmar: "Si la causa de estas emociones (pena, satisfacción, etc.) no pertenece a este mundo visible, el Objeto que así es percibido debe ser sobrenatural y divino: y es así como los fenómenos de la conciencia, en cuanto imperativos, contribuyen a imprimir en la imaginación la representación de un Gobernador Supremo, y de un Juez, santo, justo, poderoso, que lo ve todo, que da a cada uno lo debido y esta imagen es el principio creador de la religión como el sentido moral es el principio creador de la ética" (*El asentimiento religioso*, p. 121). En otro escrito es aún más explícito: "Si, pues, el conocimiento de la existencia propia de cada uno de nosotros le es dada por la conciencia de pensar, y si el pensamiento incluye como uno de sus modos la conciencia o el sentido de una ley que manda y obliga, y si tal sentido (cuando es analizado, es decir cuando la reflexión se le aplica), comprende el reconocimiento incoativo de un Ser Divino, se sigue que semejante reconocimiento surge del reconocimiento de que existo; con todo ese reconocimiento no es un objeto de percepción tan claro como el de mi propia existencia" (*The Argument from Conscience...*, 119).

A diferencia de la reflexión filosófica sobre Dios por la que concluimos la existencia de un Ser supremo como término necesario de las premisas, la conciencia moral nos pone en relación con este Ser y nos enseña que vivimos bajo su mirada y en su presencia. La reflexión filosófica toma a Dios por Objeto, define sus atributos y da a esta verdad un asentimiento nocional. En cambio, la reflexión sobre los fenómenos de la conciencia (moral) nos revela la existencia de un Ser supremo por una aprehensión tan inmediata, aunque no tan intensa como la que los fenómenos de la percepción nos dan de la existencia de un mundo exterior a nuestro alrededor. La conciencia moral es una revelación natural que prepara la revelación sobrenatural.

Personalismo moral

La conciencia moral, en su orientación natural hacia Dios, pertenece al sujeto como la percepción o la memoria y tiende hacia Dios como hacia un ser personal, no como si se tratara de un principio o de una alma del mundo. Esta orientación es un asentimiento real al Ser supremo que es Dios. Es un vínculo vivido, experimentado, existencial, en los estados de la conciencia moral. Dios está ahí como una experiencia a hacer o más bien a reconocer en sí mismo, a descubrir y a explotar. Es una experiencia fundamental o fundante que puede ser ocultada o negada pero que es imposible de borrar, cualesquiera que sean las vicisitudes de la vida.

A través de su vida, la persona va desplegando sus posibilidades. Estas no se deducen a través de un razonamiento, sino que se revelan en la acción, pues son datos en espera que se actualizan en la existencia. La relación del sujeto con Dios ("yo mismo y mi Creador") es de este orden. Sin duda se enriquece con las aportaciones de la reflexión, del análisis de las nociones, de las numerosas enseñanzas sobre la idea de Dios o de la situación del yo, pero estas nociones y los consiguientes asentimientos no substituyen a la experiencia ético-religiosa de la conciencia; son como ayudas para abordarla y criterios para verificarla, pero la consideran abstractamente y hablan de Dios como de alguien que no han encontrado nunca, mientras que la relación que establece la conciencia con Dios es personal.

Persona y experiencia o existencia son términos correlativos para N.: la conciencia moral de la persona se prueba o se experimenta en la existencia. Es una experiencia y una realidad personales y universales, de las que todos están dotados, aunque no las reconozcan. N. subraya su carácter vivido y existencial, así como su simplicidad, de forma que todos pueden experimentarla, en particular los más simples. El sujeto o la persona aparece así en la solidez de una conciencia que se demuestra existente en la consistencia del yo y en la apertura -e incluso el acceso- a la trascendencia, al Ser trascendente, a Dios como ser personal. Esta experiencia de la relación privilegiada del yo con su Creador es a la vez religiosa, en su dirección o intencionalidad, y moral en sus manifestaciones y en sus dictados. Así se manifiesta la situación del yo y su apertura al Ser trascendente y a los valores. El ideal o el valor no es ningún objeto que el hombre pueda conseguir por su propia fuerza y del cual pudiera apropiarse, sino la certeza de obedecer a un Ser superior y personal. Este sentimiento y esta certeza levantan el entusiasmo que nunca podría levantar el seguimiento de algún ideal moral impersonal, y son una garantía contra el orgullo, al recordar que siempre tenemos un maestro por encima de nosotros y de nuestros semejantes. En ese sentido dice N.: "Consagrar nuestras energías al servicio de una persona da lugar a las virtudes más altas y más

nobles: la adhesión desinteresada, el sacrificio personal, la lealtad. Más aún, la humildad habitual de quien sabe que siempre habrá un Ser por encima de él. Al contrario, cuanto más nos aproximamos al puro ideal de excelencia, en realidad no avanzamos hacia él, le atraemos, la perfección que adoramos llega a formar parte de nuestro yo -llegamos a ser un Dios para nosotros mismo-" (*University Sermons*, Sermon II, 20, p. 28).

En relación del yo con el Ser trascendente pone en su lugar los valores y descubre al hombre su camino o su vocación, en este mundo en el que es difícil guiarse. La obediencia a los dictados de la conciencia es el miedo principal de la unificación y del desarrollo de la persona. Así la vocación moral del hombre, insertada y revelada en su relación interpersonal con Dios, ilumina y descifra el lugar del hombre en el mundo. La conciencia es el principio de la relación natural, por el cual N. entiende el ideal religioso que puede ser alcanzado fuera de la Revelación cristiana y antes que ella. La religión revelada viene a arrojar luz definitiva sobre los aspectos de la divinidad descubiertos por la semiobscuridad de la religión natural.

Los otros

Aunque, por su preocupación fundamentalmente religiosa, N. escribió más sobre la relación del sujeto con su Creador que con los demás hombres, esto no significa una desvalorización. Los historiadores, sus biógrafos y sus amigos nos han dejado el testimonio de la irradiación excepcional que tuvo en Oxford, donde fue estudiante y después profesor y párroco de la parroquia universitaria. Cuando N. fue nombrado *fellow* del colegio de Oriel, los tutores cumplían mal su función; el colegio estaba en decadencia y los estudiantes obligados a buscar y pagar tutores particulares. N. y sus amigos, nuevos profesores, devolvieron al colegio su eficacia y su esplendor. Más allá de los métodos y de los programas, el éxito de N. fue debido, en gran parte, a su influencia personal, como lo fue más tarde cuando con los mismos amigos y algunos otros estará a la cabeza del movimiento de renovación religiosa que afectará a toda la Iglesia anglicana. N. tenía la atención y el afecto de los que le rodeaban. En su amistad, el afecto y el respeto por el otro se alían con el deseo de buscar la verdad. Esta preocupación por la verdad le llevaría a menudo a un sentimiento de soledad, provocado por alejamientos e incluso rupturas. Pero si rompe los lazos que no pueden ser mantenidos, lo hace con mucha nobleza y no sin probar el sufrimiento que él impone a los demás como se impone a sí mismo.

El "principio de la personalidad" en la acción

N. fue también un hombre de acción, y en la marcha de los asuntos humanos escogió deliberadamente el "principio de la personalidad" más que la acción de las fuerzas institucionales, la autoridad de los títulos o de los puestos elevados. A propósito de la orientación del Movimiento de Oxford, escribió en la Apología: "Los individuos que sienten con fuerza pueden cometer accidentalmente errores de procedimiento o de lenguaje, pero no por ello dejan de ejercer una influencia particularmente eficaz. Ningún sistema ha producido jamás una gran obra; al contrario, los sistemas nacen de esfuerzos individuales. Lutero era un individuo. Las faltas mismas de un individuo llaman la atención; él pierde, pero su causa (si es buena y si la voluntad es enérgica) gana. Así van

las cosas: hacemos avanzar la verdad mediante el sacrificio de nosotros mismos" (*Apología*, BAC p. 36).

Contra la corriente pragmática expresada en la *Edinburgh Review*, N. defendía la antigua tradición oxoniana (y griega) de la cultura como fin en sí misma y de la formación del hombre por sí mismo antes de hacer de él un ingeniero, un economista o un industrial. Sin duda la sociedad reclama hombres adaptados a las diferentes funciones de la vida colectiva, pero esta legítima demanda no debe ni ocultar ni hacer olvidar que el hombre es un sujeto, una persona en la sociedad. Lo que es bueno para el hombre es, de alguna manera, útil a la sociedad, mientras que lo que es útil a la sociedad no siempre es bueno para el hombre.

Conclusión

N. no es en primer lugar un filósofo, pero el papel y la realidad de la persona en su pensamiento y en su vida se encuentran entre los elementos fundamentales de su obra, en el principio mismo de su pensamiento, de su ética y de su acción. Su irradiación hacia los demás no llevaba a influirlos sino a convertirlos en ellos mismos, a elevarlos hasta el yo verdadero e ideal que cada uno lleva en sí mismo: en esto hay algo socrático. Si es excesivo hablar, a propósito de N., de filosofía de la persona, hay principios personalistas que pueden ser desarrollados en una verdadera filosofía de la persona, como lo ha ilustrado bien Mgr. Maurice Nédoncelle:

"En la comunión personal, la idea trascendente del yo comprende el tú en sí mismo y es él quien, a su vez, la hace nacer (...) La simpatía universal cuyo secreto tenía N. Y que no es debida, por su parte, a ningún procedimiento publicitario, ha sido para muchos críticos un hecho incomprensible. Pero si se consulta el testimonio de los amigos de N., tan diferentes de él por edad, situación, creencias, nos damos cuenta de que cada uno descubría en él su propio yo idealizado. Les ofrecía la intuición de lo que deseaban ser en el fondo de su alma. Sin saberlo ni él ni ellos, ese yo escondido, purificado, se desprendía de su encuentro y por eso tenían por él una atracción invencible. Llevaba en él un aspecto de ellos mismos que era más real que su yo cotidiano, y del cual habían vivido hasta entonces separados. Con todo, ese yo desconocido les había sido familiar a primera vista: era a la vez más antiguo y más nuevo que todas las máscaras de la existencia ordinaria. Y esta identidad no impedía a su amigo ser completamente diferente de ellos: no desarrollaba, ni en su existencia externa, ni en su vida privada, el plan que se aportaba: no era un acontecimiento ni una cualidad o un ejemplo lo que les unía a él: era algo que sólo existía en la perspectiva de su reencuentro" (*La reciprocité des consciences*, 319).

Elaborado ante todo por fines religiosos, este pensamiento venido del Cristianismo puede engendrar una reflexión filosófica sobre la persona, como fue el caso de la obra de M. Nédoncelle. En eso, el ejemplo de N. ilustra cuánto la filosofía de la persona debe al pensamiento y a la práctica religiosa y cristiana.

Tradujo y condensó: MAXIM MUÑOZ